



Luis Araquistain ha tenido un nuevo acierto; un acierto verbal. Verdad es que quien forja una palabra expresiva, una de esas palabras preñadas de sentido, y en que se cifra toda una ideología, acaso ha hecho bastante. Porque la palabra es algo más que mero signo.

Luis Araquistain, en un artículo del último número del semanario «España», del 31 de enero, titulado «El país de los paralíticos» — el cual, naturalmente, es España, — habla de asesínofilos y asesínofobos. Estas dos voces son un acierto. Refiérese, claro está, a los que simpatizan con los que en nuestros mares han asesinado a compatriotas nuestros, y además de asesinarios los han robado.

Nosotros les hemos llamado a esos desdichados con el nombre de trogloditas, nombre que ha hallado una extensa aceptación. El troglodita era el hombre prehistórico de las cavernas, el que cazaba el reno y se las había con el mamut o elefante lanudo, con el rinoceronte lanudo, con otras bestias. Nuestro troglodita de hoy admira a las malas bestias que han desencadenado y sostienen la guerra, a los mamutes y rinocerontes lanudos del imperialismo germánico. Pero estos trogloditas nuestros lo son por pura cerrazón de espíritu, por carecer de conciencia histórica, por vivir en la caverna de un tradicionalismo sin tradición. Faltaba un término para designar a otros, a los peores, a los que disfrazan con la voz ambigua de neutralismo su afición a las malas bestias del imperialismo germánico, y en quienes esta afición viene de bajas pasiones y en ningún modo de patriotismo. Esos están bien llamados asesínofilos.

Dejemos a un lado a los viles que estén a sueldo, directa o indirectamente, de Alemania, porque éstos son seguramente bastantes menos de los que nos figuramos. Hay vilezas que no es menester comprarlas; se dan espontáneamente. Y hasta hemos oído hablar de una mala mujer emponzoñada que se daba a todo el que podía, y no por ganarse así la vida, sino por ánimo vengativo, por vengarse en los demás hombres del hombre que la emponzoñó.

Desde hace tiempo, desde hace siglos, una parte del pueblo español, la parte que suele llamarse en sí misma tradicionalista y la que sin llamarse está por ella influida, vive de rencores, vive de xenofobia, vive de un sombrío y lúgubre odio a la civilización europea, a la verdadera civilización europea, que es la occidental (Alemania es en gran parte un imperio asiático, todo lo culto que se quiera, pero no civilizado, no civil). No se avienen a reconocer la justicia del castigo que, con su decadencia, sufrió España por haber querido desde Carlos I en adelante, durante los Austrias y aun los Borbones, imponer a Europa y a América un tipo de gobierno incivil y despótico. Y estos desgraciados quieren ver ahora en Alemania una vengadora de lo que llaman nuestros agravios, y no fueron sino el justo, el justísimo castigo de las culpas de nuestros abuelos. Y por este triste rencor una buena parte de nuestros obcecados tradicionalistas se han hecho asesínofilos.

Hay otra parte que lo son por lo que llaman amor al orden. Estos son aun peores que aquéllos. El ejército, que no puede, de donde salen esos asesinos y ladrones de los mares; esos que matan y roban porque se lo mandan, por disciplina (!!!),

que es la más execrable manera de asesinar y robar; ese ejército les parece que es el campeón del orden en el mundo. Del orden o arreglo de ellos, de los que así

piensan, que suelen ser los conservadores de lo ajeno. Dicen que Alemania está dando la batalla a la revolución, y para ello si cree que lo es útil matar y robar a españoles indefensos en los mares, debe hacerlo. Son contingencias de la guerra, y nadie como la docta Alemania sabe cómo debe llevarla.

Y hay otra parte aun peor que las dos mencionadas. Es la parte asesínofila, no por tradicionalismo y lamentables rencores heredados de los que se obstinaron en no reconocer su culpa y la justicia de su castigo, ni tampoco por apego al orden, que es un verdadero desorden, sino que lo es por profesionalismo. Profesionalismo que pone por encima del patriotismo, de la civilización, de la justicia y del cristianismo. Alemania es el país clásico de la milicia, y cuando se hace la guerra hay que hacerla conforme a las reglas bárbaras, inhumanas, anticristianas, criminales de las ordenanzas bélicas germánicas. Y hasta llegan a decir que esos crímenes, a que llaman crueldades necesarias e inevitables, tienden a humanizar la guerra, pues la abrevian, haciendo que el enemigo, aterrado, ceda antes. ¡Como se está viendo! Parece, además, que es más humano matar mil hombres en un día que no ciento en una semana.

De las tres formas de asesínofilia que se dan en España, la tradicionalista, la conservadora o de orden, y la profesionalista u ordenancista, esta última es la más repulsiva y a la vez la más peligrosa. Pero aun dentro de esta tercera forma o clase, hay dos subclases, una menos baja, que es la asesínofilia por profesionalismo puro, por entender que la guerra moderna no tiene por qué hacerse caso de sentimentalismo — que así llaman a la justicia y a la caridad cristiana, — sino que tiene su fin en sí, y es conseguir lo que el combatiente se propone, que es la victoria, sea como fuere; y otra subclase, y esta es la forma más repugnante y animal, antihumana, de asesínofilia, que previendo que la derrota del imperialismo militarismo germánico pueda traer la reducción en todo el mundo civilizado de los ejércitos permanentes, y con ello de los profesionales de la milicia, estiman que es inevitable asesinar y robar en tiempo de guerra para que haya más sujetos que vivan en tiempos de paz, de adiestrarse en las artes en que se estudia esos modos de asesinar y robar.

Y en tanto que la asesínofilia se cultiva, más o menos a las claras, en España que sigan las Juntas de Defensa defendiendo la neutralidad española a todo trance, riesgo y costa. España no debe romper su neutralidad, hagan lo que hicieren con sus hijos esas malas bestias del imperialismo tedesco, porque la ruptura de la neutralidad podría llevarnos, dicen, a la guerra, y no debemos ir a una guerra que puede acabar en el fracaso del arte de preparar la guerra; no debemos ir a una guerra que puede acabar en que tenga que disminuirse el número de los que en paz viven de prepararse para una guerra que a las veces cuidan, a costa de todo, aun de lo más sagrado, que nunca llegue.

¿Y si el pueblo se alborota? ¡Ah!, entonces los guerreros le fusilan y ametrallan bizarramente. La profesión está por encima de la patria.

Miguel de UNAMUNO.

